

Joseph Conrad

Cuentos completos
Traducción de Fernando Jadraque

Madrid, 2016. Valdemar

j.emilio.sola@gmail.com

Colección: Bibliografía recomendada
Fecha de Publicación: 20/03/2020
Número de páginas: 9
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

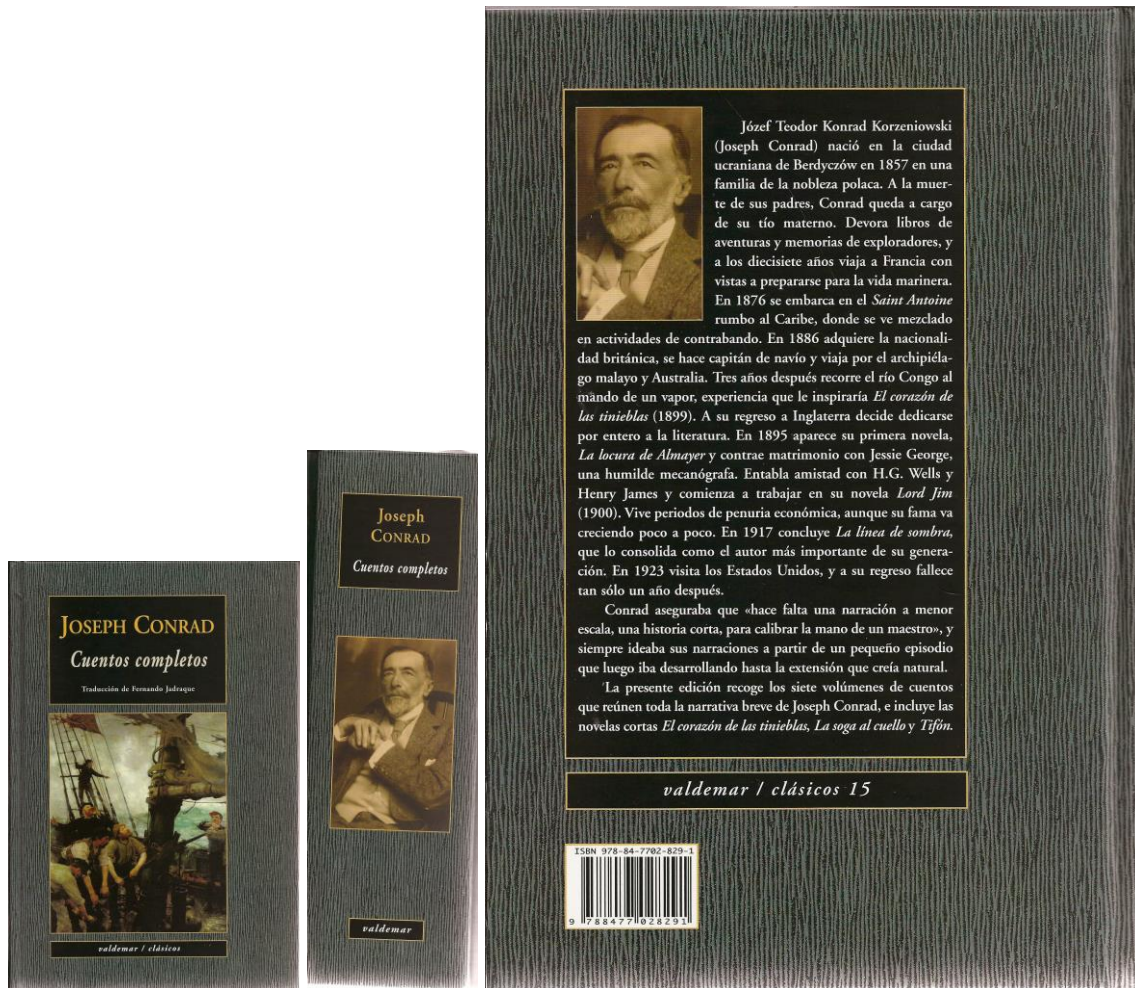
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Joseph Conrad: Cuentos completos

Traducción de Fernando Jadraque

Madrid, 2016. Valdemar



Los relatos cortos de Conrad no son en absoluto obra menor suya sino todo lo contrario, pues entre ellos está nada menos que *El corazón de las tinieblas*, una de sus historias de mayor fuerza literaria y crítica, para algunos el cuento o novela corta “más importante escrito en inglés”, como recuerda en la introducción a esta edición Javier Gutiérrez-Rexach.

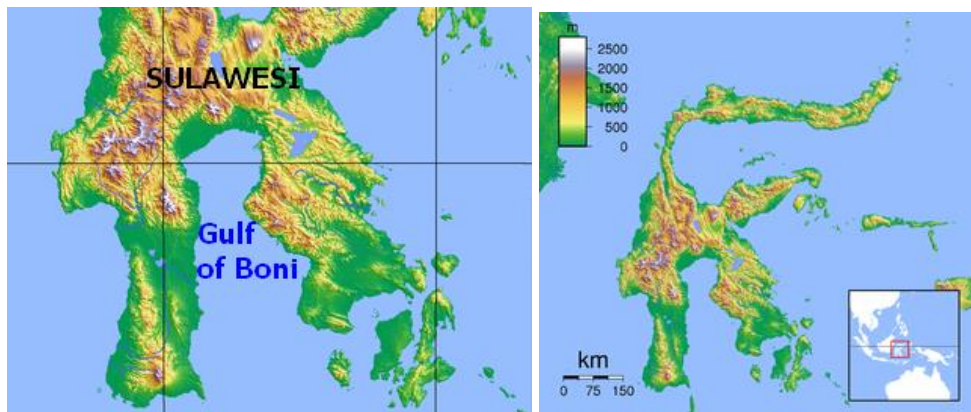
En la primera recopilación de relatos cortos o cuentos de Conrad, aparecida en 1898, se incluyen cinco piezas que casi todas habían ido apareciendo en alguna publicación periódica literaria. El conjunto lo titula *Cuentos de inquietud*, *Tales of Unrest*, y el primer relato es “Karain”, el nombre de un malayo líder de un grupo que tiene que defender su territorio de unos vecinos inciertos, y que termina narrando su historia a un grupo de traficantes de armas en los que confía, entre los que se encuentra el relator sin nombre, alter ego del autor Conrad.

El protagonista Karain “había viajado mucho, sufrido no poco, intrigado, combatido...” Era, de alguna manera, un exiliado de sus islas de origen que se

había logrado hacer con el control de un territorio, tal un príncipe nuevo maquiavélico, pero de los lejanos archipiélagos malayos orientales, y su propio exilio y nostalgia lo acercaban, de alguna manera, a aquel occidental traficante de armas y muy viajado también, conocedor incluso de su tierra originaria. Y entre sus recuerdos, cómo no, en una naturaleza primordial, la alegría – la nostalgia, el recuerdo de la vitalidad – del Nadador.

Había viajado mucho, sufrido no poco, intrigado, combatido. Conocía los Reinos indígenas, los Asentamientos europeos, las selvas, el mar, y, como decía él mismo, en su día había hablado con muchos mandamases. Gustaba de conversar conmigo porque yo había trabado relación con algunos de éstos: parecía juzgarme capaz de comprenderlo y, con exquisita confianza, presumía que yo, cuando menos, sabría apreciar su infinita superioridad sobre los mismos. Pero prefería hablar de su tierra natal: un pequeño estado *bugi* en las islas de Célebes. Algún tiempo atrás había visitado yo aquel sitio, y él me pedía noticias ávidamente. Conforme iban surgiendo nombres en la conversación decía: “De muchachos competimos él y yo en un torneo de natación”, o bien: “Juntos íbamos a cazar venados: él sabía emplear el lazo y la azagaya con igual destreza que yo”. Una que otra vez, sus grandes ojos soñadores le rodaban en las cuencas; arrugaba el entrecejo o esbozaba una sonrisa, o acaso su aire se tornaba pensativo y, fijando la vista en silencio, durante breve rato meneaba levemente la cabeza ante alguna añorada visión del pasado.

Su madre había sido reina de un pequeño estado semiindependiente a orillas del mar, a la entrada del Golfo de Boni. Él hablaba de ella con orgullo. Había sido una mujer resuelta en los asuntos del poder y también en los del amor. A la muerte de su primer marido se casó, desdeñosa de la turbulenta oposición de los caciques de su reino, con un mercader rico, un *korinchi* sin prosapia alguna. Karain era fruto de aquel segundo matrimonio, pero la plebeyez de su ascendencia, por lo visto, ninguna relación guardaba con su exilio.
[pp. 63-64]



Hijo de una reina y un indonesio mercader rico sin genealogía prestigiosa alguna, mestizaje particular, con su propio esfuerzo y valor se había conseguido asentar en una bahía con trasfondo montañoso que lo separaba de sus potenciales enemigos, en la que fondeaba la goleta de aquellos tres occidentales, Hollis, Jackson y el narrador, viejos conocidos suyos como abastecedores de armas, que iban a ser elegidos por Karain como ayuda para conjurar un fantasma de su pasado que aún le perseguía. Fue una noche de lluvia y calor cuando apareció de improviso y sin anunciarse en la goleta de los traficantes y a la luz de un quinqué evocó para ellos su pasado más duro y oscuro.

Nuestro quinqué iluminaba débilmente. Hollis, desnudo de cintura para arriba, estaba tendido sobre las chilleras, cerrados los ojos e inmóvil cual despojado cadáver; a su cabecera, Jackson rasgueaba la guitarra y boqueaba en suspiros una lúgubre endecha acerca de un amor no correspondido y unos ojos similares a estrellas. Entonces oímos en cubierta unas sobrecogidas voces que chillaban entre la lluvia, unos pasos presurosos por encima de nuestras cabezas, y de pronto se materializó Karain en el umbral de la cámara.

A la luz del quinqué brillaron su torso desnudo y su rostro; su *sarong*, empapado, se le enredaba a las piernas; empuñaba en la mano izquierda su kris envainado; y mechones de cabellos empapados, escapando bajo su pañolón rojo, le caían sobre los ojos hasta las mejillas. Pasó adentro de una rauda zancada, lanzando una mirada por encima del hombro como alguien a quien persiguieran.

Hollis se removió sin pérdida de tiempo y lo miró de hito en hito.

Jackson detuvo su manaza contra las cuerdas de la guitarra, y la vibración musical murió de golpe. Yo me levanté.

- ¡No hemos oído el saludo a voz de tu piragua! – exclamé.

- ¿Piragua? Pero si ha venido a nado – dijo Hollis, parsimoniosamente, desde las chilleras -. ¡No hay más que verlo!

[pp. 70].

Esa irrupción del Nadador exótico oriental, indígena o semisalvaje para esos occidentales civilizados que, sin embargo, le conocen perfectamente por su nombre, le aprecian y le van a escuchar con interés, es un nuevo tono, de alguna manera, a la hora de escuchar la voz del otro. Como si colonizador y colonizado, en esas circunstancias, a esas alturas, fueran dos interlocutores de autonomía prestigiosa. Pero a Karain acababa de morírsele su anciano consejero, que siempre le acompañaba, y parecía sentirse en un momento crítico de su vida, atormentado aún no estaba claro por qué.

Y nosotros tres, curiosamente sobrecogidos, no apartábamos la vista de él. Se había vuelto enigmático y conmovedor, en virtud del motivo oculto que lo había llevado, de noche y bajo la tempestad, a buscar amparo en la cámara de la goleta. Ninguno de nosotros albergaba la menor duda de estar ante un fugitivo, por increíble que pareciera. Estaba macilento como si no hubiera pegado ojo en muchas semanas, escuálido como si no hubiera probado bocado en muchos días. Tenía las mejillas consumidas; los ojos hundidos; los músculos del torso y los brazos, crispados como por una extenuante lucha. Ciertamente había sido larga la distancia nadada hasta la goleta; pero la fatiga que su semblante traslucía era muy otra:

el cansancio atormentado, la ira y el miedo de un combate contra un pensamiento, una obsesión, algo intangible e inexorable: una sombra, una cosa etérea, algún elemento irreductible e inmortal que se cebaba en su vida. Lo comprendimos como si él mismo nos lo hubiera gritado. Una y otra vez se le ensanchaba el tórax, como incapaz de refrenar las palpitaciones de su corazón. Por un momento tuvo la facultad de los endemoniados: esa facultad de suscitar asombro, horror, lástima y una aterrada sensación de que cosas invisibles, cosas oscuras y silenciosas, estuvieran muy próximas, acechando la soledad de los humanos. Durante unos instantes paseó la mirada en todas direcciones y, enseguida, sus ojos se quedaron inmóviles. Dijo trabajosamente:

- He acudido aquí... hui de mi empalizada como si hubiera sufrido una derrota. Corrí en la noche. Las aguas eran negras. Lo dejé reclamándome desde el negro borde de las aguas... lo dejé solo en la playa. Yo nadaba... él me llamó para que regresase... yo no dejé de nadar...

Temblaba de pies a cabeza, sentado muy rígido y mirando con fijeza ante sí. ¿A quién había dejado? ¿Quién lo había reclamado? Lo ignorábamos. No acertábamos a comprender. Me aventuré a decirle:

- Sosiégate.

Fue como si ante el timbre de mi voz lo invadiera una repentina tiesura, pero no dio otra muestra de haberme oído. Pareció atender, esperar algo unos instantes, y continuó:

- No podrá venir aquí; por eso me acojo a vosotros. A vosotros, hombres de rostros blancos que os chanceáis de las voces invisibles. Él nada puede contra vuestra incredulidad y vuestra fuerza. – Hizo una pausa momentánea, exclamando luego a media voz -: ¡Oh, la fuerza de la incredulidad!

- Aquí estás a solas... con nosotros tres – dijo sereno Hollis. Apoyaba la barbilla en uno de los codos y no hacía el menor movimiento.

- Lo sé – dijo Karain -. Jamás me ha seguido hasta aquí. ¿Acaso no tenía yo siempre a mi vera al anciano sabio? Pero desde que murió el viejo hechicero, que sabía de mis congostas, todas las noches oigo esa voz. Me recliné... muchos días... en la oscuridad. Oía los desconsolados murmullos de las mujeres, el susurro del viento, del agua dulce, el tintineo de las armas en las manos de mis leales, sus pasos... ¡y esa voz! Cerca. ¡Así! ¡Al oído! Lo sentía cerca... Su hálito sopló en mi cogote. Me puse en pie de un salto, incapaz de gritar. En torno mío dormían los hombres con placidez. Eché a correr hacia la playa. Él corrió en mi persecución, sin ruido de pisadas, cuchicheando, cuchicheando viejas palabras, cuchicheándomelas al oído con su perenne voz. Me lancé al mar; vine nadando hasta vosotros, sujetando el kris entre los dientes. Yo, armado, yo hui de un hálito... en busca de vuestro amparo. Llevadme a vuestras tierras.

El viejo hechicero ha muerto, y con él se ha desvanecido el poder de sus palabras y sus conjuros. A nadie puedo acogerme ya. A nadie. Nadie hay aquí lo bastante leal y sabio para hacérselo saber. Únicamente junto a vosotros, incrédulos, mi pesadumbre se disipa como la neblina ante el sol. – Apeló a mí -:
¡Iré contigo! – exclamó, sofocando un grito -. Contigo que has conocido a tantos de nosotros. Quiero alejarme de estas costas, de mis gentes, de él...
¡que aguarda allá!
[pp. 71-73].

HUIDA A NADO DE UN MISTERIO TORTURADOR

Esa imagen potente de nadar “con la espada entre los dientes”, que aparece en documentos renacentistas italianos e hispanos de aventuras marinas mediterráneas, presente en relatos de Nadadores de este mismo Archivo de la frontera, aparece con naturalidad en esta evocación de Conrad de un hombre primigenio en los mares de Oriente. Pudiera pensarse en la culminación del desarraigo de un indígena oriental exótico cuyo horizonte vital entra en crisis en contacto con el occidental “civilizado”, con otra cultura que percibe superior, de alguna manera, precisamente por esa incredulidad en mundos misteriosos – de conjuros y hechizos – que ellos mismos son incapaces de comprender en profundidad, y que creen que dominan su vida apresada por contingencias y desgracias. El resultado, esa petición de auxilio ante un misterio incomprensible y que intuye que para el otro no es tal misterio o no tiene ninguna importancia, es conmovedor. Karain, esa noche, inició para sus tres amigos blancos la narración de su vida, desde la huida de la tierra original añorada de su juventud, en persecución de una mujer, hija de un cacique, que había transgredido las reglas del honor de su grupo para irse a vivir con un holandés; su compañero de luchas, Pata Matara, hermano de la mujer huida con el holandés, decide ir en su búsqueda para vengar el honor familiar, y Karain, muy joven aún, decide acompañar a su amigo. Pasan años de búsqueda y aventuras en tierras donde reinaba la barbarie...

Fuimos hacia Occidente, fuimos a Oriente. Vimos muchas tierras, multitud de rostros desconocidos, hombres que viven en los árboles y hombres que devoran a sus muertos. Por un puñado de arroz cortamos bambúes en las junglas, y por una mísera propina baldeamos la cubierta de buques de gran porte aguantando frecuentes insultos. Trabajamos en aldehuelas; erramos por los mares con los *bajows*, que carecen de patria. Combatimos en calidad de mercenarios; los de Goram nos emplearon y nos estafaron; y en bahías yermas, punteadas de peñascos negros por encima de una costa de arena y desolación, buceamos buscando perlas a las órdenes de blancos brutales. Y en todas partes acechábamos, atendíamos, indagábamos. Preguntamos a mercaderes, a ladrones, a blancos. Recibimos risitas, sarcasmos, amenazas: palabras de asombro y palabras de desprecio. Jamás nos abandonábamos al descanso, jamás nos acordábamos de nuestra tierra natal, pues nuestro deber estaba aún por cumplir. Transcurría un año y otro año. Dejé de llevar cuenta de las noches, de las lunas, de los años. Cuidaba de Matara. Guardaba para él mi último puñado de arroz; si había agua para uno solo, la bebía él; yo lo arrojaba

cuando él temblaba de frío; y, cuando sufrió un acceso de fiebres, lo velé durante muchas noches, abanicándolo. Era intrépido y era mi amigo. De día hablaba sobre ella con cólera, y de noche con congoja; sano o enfermo, la recordaba. Y no despegaba los labios; pero la veía todos los días... ¡siempre! En los inicios distinguía únicamente la silueta de su cabeza, que me parecía la de una mujer que se moviese entre la bruma de una ribera. Luego vino a sentarse ante nuestra fogata. ¡La vi! ¡La miré! Eran dulces sus ojos, y arrebatador su semblante. Le susurré palabras en las nieblas. Matara, soñoliento, me preguntó más de una vez: “¿Con quién hablas? ¿Quién anda ahí?” Yo contestaba sin pérdida de tiempo: “¡Nadie!”... ¡Falso! Ella jamás me abandonaba. Compartía el calor de nuestra fogata, tomaba asiento en mi yacija y nadaba los mares para seguirme... ¡La vi!... Os digo que vi sus largos cabellos ondulando por detrás de ella sobre las aguas iluminadas por la luna, nadando con los brazos desnudos al lado de un prao veloz. Era hermosa, era fiel, y en mitad del silencio de extraños países me habló a media voz en mi lengua natal. Nadie la veía; nadie la oía; ¡toda mía! De día marchaba por delante de mí con elásticos pasos a lo largo de caminos fatigosos; su figura era enhiesta y flexible como el tronco de un árbol joven; los talones de sus pies eran redondeados y lisos como un cascarón de huevo; su bien torneado brazo me hacía señas. De noche me miraba a la cara. ¡Y estaba triste! Era tierna y desvalida su mirada, dulce y suplicante su voz. Cierta vez le susurré: “¡No morirás!”, y sonrió... ¡desde entonces sonrió...! Me daba ánimos para soportar fatigas y pesares. Días de calamidad eran aquellos, y me consolaba. Matara y yo vagabundeábamos pacientemente sin desistir. Conocimos desengaños, falsas esperanzas; conocimos el cautiverio, la enfermedad, la sed, el infortunio, la desesperación... ¡Al fin! ¡Los encontramos!... [pp. 79-81].

El desenlace fatal de la historia de aquella búsqueda como viaje iniciático de más de un decenio, no terminó con la muerte de la mujer sino con la de su amigo Matara; desde entonces se alejó de Karain el fantasma de aquella mujer pero en su nueva huida fue sustituido por el fantasma de su amigo muerto, al que vagamente creía haber traicionado. No pudo soportar aquella nueva presencia fantasmática, e intentó huir de ella aquella misma noche sin conseguirlo, pues desde entonces le siguió en su vida hasta el encuentro con el sabio anciano hechicero que le consiguió conjurar aquella tortura.

Soporté aquello cuanto pude... pero acabé por huir, al igual que esta noche he huido de mi empalizada para acudir nadando hasta vosotros. Corrí: corrí llorando como un niño abandonado lejos de toda humana morada. Él corría a mi vera, sin ruido de pisadas, cuchicheando, cuchicheando, invisible e inteligible. Busqué a semejantes míos: ¡quise tener hombres que me rodearan! ¡Hombres no muertos! Y nuevamente vagabundeamos juntos él y yo. Fui en pos del peligro, de la violencia y la muerte. Combatí en la guerra de Atjeh, y ese pueblo valiente se maravilló de la intrepidez de un forastero. Pero éramos dos: él desviaba los golpes dirigidos contra mí... ¿Por qué? Yo buscaba el descanso, no la vida. Y nadie podía verlo, nadie sabía aquello; y yo no osaba contárselo a nadie.

Él me abandonaba alguna vez, pero nunca durante largo tiempo: retornaba y cuchicheaba, o miraba ferozmente. Un miedo extraordinario me desgarraba el corazón, pero yo era invulnerable a la muerte. Conocí entonces a un anciano.
[pp. 85-86].

Su hechicero, su escudero, su servidor desde entonces... Y hasta su muerte reciente, cuando con su valentía y su arrojo había logrado, con vagabundos como él “de una raza guerrera”, gobernar un territorio, como un príncipe nuevo maquiavélico, colmo clásico de ascenso social. Y tras su muerte, volvió el fantasma torturador, “y oigo el cuchicheo: “¡Mata!, ¡mata!, ¡mata!...”

De alguna manera, el horror del incivilizado... Por ello, conociendo a esos amigos occidentales a los que confía su relato y de los que espera de alguna manera salvación, les pide que se lo lleven consigo:

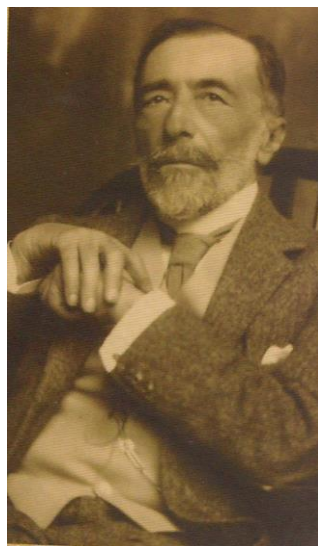
“Iré contigo. A tu país... a tus gentes. ¡A tus gentes que viven en la incredulidad, para quienes el día es día y noche la noche, nada más, pues vosotros comprendéis todo lo visible y os chanceáis de lo otro! ¡A tu país de descreimineto, donde los muertos jamás hablan, donde todos los hombres son sabios y pueden vivir solos en paz!”
[p.88].

Todos saben que, en lo hondo, eso es una simplificación engañosa, que también los muertos hablan en occidente aunque de manera tal vez más sutil pero no menos cruel, que aquel hombre en Inglaterra sin duda se ahogaría ante la incomprensión general, como un “incivilizado enardecido”... Su petición aparece como anhelante: “¡Dadme vuestro amparo... o vuestra fuerza!... ¡Un amuleto, un arma!” Y la respuesta ingeniosa, de alguna manera cargada de simbolismo también, irá de la mano de una moneda con la efigie de la Gran Reina inglesa, que no desvelo porque no viene a cuento hacer spoiler de una historia, cuando estas notas de lectura van dirigidas a despertar el interés por la lectura del libro evocado.

Esta misma colección de relatos breves de Conrad incluye otros dos de tono similar a “Karain. Un recuerdo”, que es como se titula este; “Una avanzadilla del progreso”, que se desarrolla en África, y “La laguna”, también protagonizado por un malayo. Pero solo Karain incluye la figura del nadador, él mismo es un gran Nadador, busca su liberación a nado, en este caso de un fantasma que su propio asombro, ante el contraste civilización y barbarie, por utilizar un manido y viejo modo de designar, crea. Y tal vez sea ese programa literario de Conrad, basado en su propia experiencia viajera de marino en su juventud, la dialéctica entre “los Reinos indígenas, los Asentamientos europeos”, la barbarie de la expansión colonial europea paralela a la barbarie de los indígenas primitivos con los que se encontraba, el más sugestivo de los programas particulares de su programa literario global. La Gran Frontera.

He aquí el índice de este voluminoso libro, clásica selva de aventuras, en la que nos hemos adentrado solo superficialmente, para abrir boca...

ÍNDICE	
<i>Los cuentos de Joseph Conrad [Javier Gutiérrez-Rexach]</i>	11
CUENTOS DE INQUIETUD	
Karain	55
Los idiotas	99
Una avanzadilla del progreso	125
El regreso	151
La laguna	207
JUVENTUD: UNA NARRACIÓN; Y OTRAS DOS HISTORIAS	
Juventud	231
El corazón de las tinieblas	267
La sogá al cuello	369
TIFÓN Y OTRAS HISTORIAS	
Tifón	517
Falk	601
Amy Foster	685
Mañana	717
SEIS RELATOS	
Gaspar Ruiz	755
El delator	811
La bestia	835
Un anarquista	859
El duelo	883
El Conde	969
ENTRE LA TIERRA Y EL MAR	
Una sonrisa de la fortuna	995
El copartícipe secreto	1067
Freya de las Siete Insulas	1111
ENTRE MAREAS	
El hacendado de Malata	1195
El socio	1263
La posada de las dos brujas	1297
Por causa de los dólares	1325
CUENTOS DE OÍDAS	
Alma de guerrero	1363
El príncipe Roman	1385
El cuento	1409
El piloto negro	1429



FIN